



## La señorita que amaba por teléfono (Fragmento)

Elisa Lerner<sup>101</sup>

La antigua profesora no era ya más la del idílico El Paraíso de su juventud. En fecha lejana, como si de la visita a un remoto paraje se tratara, había permitido el conocimiento del fastuoso escenario de esa cama operática donde ella hubiera querido reinar como una Montserrat Caballé del gran canto. Desde el grosor de su inflamado cuerpo de Montserrat sin talento, con toda probabilidad, apenas en remedo, cantaría el susurro sangrante (sí, como un veneno) del fragmento inconcluso de un aria de ópera a esa muñeca que, en su cama, remataba un incumplido destino sin palabras. ¡Oh, carne desvalida y enorme de mujer en rezo operático, en súplica a la muñeca primorosa de una última niñez! Una vez obtenida su pensión de retiro, acaso, se estuviera soñolienta en su lecho, ni más ni menos como una paloma gorda y soñolienta que reposa de sus vuelos y tiende al sol sus alas como ropa blanca de cama, húmeda y recién lavada.

Aún era dable encontrarla en la cafetería de San Bernardino de años precedentes. Quizá, de paso, al banco o a la farmacia del centrado comercial de los alrededores. Sus pequeñas gafas semejaban ser como niños perdidos en el desierto arenoso de su rostro actual, rojo y congestionado, en tanto comentaba con cierto, no disimulado, retintín de burla las enfermedades que la aquejaban como a parientes que le daban trato desigual o desconsiderado. Y, a su rostro de acres hinchazones, en la tarea de evocar a los médicos, en cambio, parecían atravesarlo algún par de alegres camellitos cuyas jorobas, de buen grado, acampaban en las mandíbulas de Blanca Elvira para, por un rato no muy prolongado en el tiempo, descansar de los rigores y rojizas rugosidades rojas del camino. En suma podía percibirse en ella no solo a una enferma caprichosa y angustiada. Cual una linda ciudad que anochece bien, con todas las farolas encendidas, cuando el buen humor estaba de su parte se percibía una dama entrenada a la perfección, ¿quién lo diría?

**101** Elisa Lerner: (Valencia, 1932). Dramaturga y ensayista venezolana, es una de las grandes voces del mítico grupo *Sardio*. Hay que destacar sus obras de teatro *El país odontológico* (1966), *En el vasto silencio de Manhattan* (1964), *Vida con mamá* (1975), *La mujer del periódico de la tarde* (1976) y *El último tranvía* (1984), así como sus ensayos recogidos en *Una sonrisa detrás de la metáfora* (1969), *Yo amo a Columbo o la pasión dispersa* (1979), *Crónicas ginecológicas* (1984) que fue llevada al cine y *Homenaje a la estrella* (2002). Se han publicado recientemente *Teatro Elisa Lerner* (2004) y su novela *De muerte lenta* (2007). Reconocida con el Premio Nacional de Literatura en el año 1999, de ella se ha destacado su lúcido y agudísimo oficio de escribir.



## 190 *La señorita que amaba por teléfono (Fragmento)*

para el flirteo amoroso en la suavidad, tan femenina y p rfida, de cómo refunfu aba acerca de sus médicos! Puesto el acento de superficial irritabilidad en el viejo galeno español levantisco y cascarrabias pero, de mucho aguante. O, de nuevo, ella niña enlutada, ahora en falta, necesitada de supremacías de la conmiseración en las idas o llamadas al consultorio del internista venezolano de apellidos honorables y un mirar único a sus pacientes y a la vida. Es más: el chico que habría visto rodar sus metras hacia el barranco, de verde y descuartizada cabeza, que daba a un río próximo donde habrían de oscurecerse para siempre, volvería a recuperarlas. Después de mucho trajinar, en las pupilas –negras, redondas, humedecidas por el humor acuoso, el llanto de sus pacientes y alguna copita ocasional de buen vinillo– de ese original y sensible médico de una clase mantuana. Doctores embutidos siempre en sus largas batas blancas. En ellos, recortarlas un poco, hubiera significado cortarse la coleta. La sobrevenida renuncia a una vocación de entereza y sacrificio. Sus padres antes se habrían despojado de esa barbita blanca que remataba el mentón, sabihondo e irónico de los abuelos, en un triángulo de neblina. Se había, finalmente, terminado con los lúgubres hospitales del siglo XIX.  Oh, los larguísimos pasillos interminables, sin luz, llenos de enfermos! Por lo que, de un extremo a otro, el revoloteo de las largas batas habría sido una cándida esperanza, pequeña ilusión de un frío sol de invierno, arrullo para temporales alivios, angosta luz moviéndose al futuro. En el pliego blanco de una bata médica levantada por la brisa de los días y, de ese modo, llegada con más facilidad a la mano del postrado, éste en su sedentaria fantasía, habría creído rozar la seda de una cola de novia. Fragmentada felicidad dispuesta a ser dosificada, distraídamente, entre los dolientes.

De lo que antes había sido vasto hospital, en el Museo Reina Sofía de Madrid, me deslizo con cuidado por entre los hermosos cuadros. Chist, chist: no hagan ruido. Precaución. Debajo de las enmarcadas pinturas voy despacio en el temor al tropezón que me deje aprisionado por entre las camas de hierro, pintadas de blanco. All  siguen los enfermos. A intervalos, sus miradas perdidas de desamparados del mundo –al igual que la de los visitantes del Museo– las enriquece la fina magnificencia de los cuadros. Alguien de larga bata blanca me roza el brazo con vigor, a la vez con corrección y me aparta de un cuadro al que lo llena –y a la vez paraliza– una familia monstruosamente adiposa.

“Lo tuyo es Magritte”. Desaparece tan rápido de mi sueño y no hay ocasión para cerciorarse en cuanto a cuál cuadro de Magritte pudo estar señalando. Estoy segura: es el médico que, en sus ojos, mueve aterciopeladas metras negras de la infancia, sin que, por un momento, parpadee ante las contradictorias banalidades o locuras mínimas y nerviosas vertidas en su consultorio por la, al presente, pensionada profesora. Hay un diván freudiano que lo ocupa ella sola. El volumen locuaz de su gordura sería la fiesta africana de un caníbal; los almibarados leones con las que



sueña la escopeta cansada de un viejo cazador. Antes que mi sueño haya concluido, he creído ver a alguien parecidísimo al escritor español Jorge Semprún: la mirada fija, con bata blanca de médico deambulando por entre las camas y los cuadros. La bella cabeza de este Semprún del sueño luce más blanca que nunca. Quizá muchos pacientes se hayan afanado limpiando esa singular cabeza con las batas robadas a otros médicos. Sus hermosos cabellos plateados nos advierten de teteras de platas donde los rumores de la vida resuenan, amables y repletos, poco antes de ofrecer su donación.

**(Inédito)**